

asilo á pobres é indefensos animales. Una nueva plaza de toros en el presente siglo, tiene dos puntos de vista, muy distintos ambos, por donde debe estudiarse. Como negocio particular de una sociedad y provecho general de una población, no cabe dudar que ha de ser de grandes resultados y utilidad material. Hasta aquí la ciudad de Tarragona ha hecho lo que nadie está en el caso de criticar, y lo que su conveniencia le ha aconsejado, abriendo á sus convecinos las puertas de su casa con un espectáculo nuevo, en aquella población, y á cuyo cebo acudirá la provincia en masa, dígase lo que se quiera, á dejar el dinero por todas partes; pero bajo el punto de vista moral, ¿qué espectáculo nos va á ofrecer la vecina ciudad? Ninguno, que sea agradable y de enseñanza, empezando por el aspecto del circo, donde se hallarán reunidas diez y siete mil personas vociferando unas, blasfemando otras, la mayor parte creyéndose con derecho á insultar á un pobre torero que no supo, ó no pudo, acertar la suerte que le estaba confiada y acabando todos por presenciarse la muerte de algún desgraciado padre de familia, cuya profesión le condujo á luchar contra una fiera. Dicen algunos que el *arte del toreo* tiene sobrados recursos para evitar una cojida; pero no tienen en cuenta los que tal dicen que una distracción, un traspies, un insulto del público, la cosa más sencilla á veces, da al traste con el *arte* y es causa de una desgracia inevitable.

¿Puede influir todo esto en la relajación de costumbres de un pueblo, sobre todo, en las clases más ignorantes? El tiempo lo dirá; y ya veremos si la que es hoy morigerada ciudad, continúa siéndolo en lo sucesivo.

FEDERICO HOSTENCH.

## SOBRE UNA BIBLIOTECA DE CIENCIA ESPAÑOLA

### IV

CUESTIÓN palpitante y de actualidad es, por cierto, la de si España ha tenido ó no una filosofía nacional. De un lado, los detractores de nuestras glorias, que parece tienen especial empeño en negar todo lo que en pro de España redunde, dicen que el genio español, por lo mismo que es apto para la amena literatura, es refractario á toda especulación filosófica; afirmando, por ende, que la Historia de la filosofía, puede muy bien escribirse, sin que nuestra patria figure en ella para nada. Por el contrario, aquella porción, corta pero escogidísima, de beneméritos escritores, que ha tomado á su cargo la laudable tarea

de estudiar la historia científica de España, proclama, no solo que hemos tenido grandes filósofos, dignos de ponerse al lado de los más renombrados de otros países, sino que son varias las escuelas filosóficas, que con caracteres propios y distintivos y con influencia en el pensamiento filosófico europeo, han tenido su cuna en España; y cuyo conjunto constituye, lo que ellos apellidan *filosofía española*.

Dejando á un lado la primera opinión, esto es, la de los que dicen que España carece de toda cultura filosófica, afirmación completamente gratuita y absurda, que se destruye con solo citar algunos de los nombres que figuran en los anales de nuestra filosofía, debemos entrar en el exámen de la segunda, y averiguar si verdaderamente los filósofos que han florecido en España, representan esfuerzos individuales y direcciones aisladas, ó reúnen caracteres comunes, bastantes para ser agrupados armónicamente hasta formar escuelas. Mas claro. ¿Existe en todos nuestros filósofos una nota distintiva, un pensamiento común, un rasgo peculiar que permita considerarlos como partes de un mismo organismo científico, con caracteres propios, típicos y nacionales? Creemos que la filosofía española no ha sido estudiada suficientemente, para resolver de una manera satisfactoria y con conocimiento de causa, este importantísimo problema.

Los Sres. D. Luis Vidart, D. Gumersindo Laverde Ruiz y D. Marcelino Menéndez Pelayo, que, entre otros muchos, han trabajado arduamente para sacar á luz los nombres y doctrinas de nuestros olvidados filósofos, afirman que la filosofía española, lejos de ser un mito, existe con vida propia y exuberante. Y asombro causa ver como dichos escritores han desenterrado nuestras glorias filosóficas, hasta hace poco casi desconocidas; demostrando de una manera palmaria y evidente lo mucho que significa España en la Historia de la filosofía. Probado queda en sus obras y en las de otros simpáticos defensores de la patria ciencia, que nuestros filósofos, lejos de ser escritores vulgares, como se ha pretendido hasta el presente, son muchos de ellos talentos de primera fuerza, pensadores originales y hasta atrevidos, que indicaron y plantearon cuestiones y problemas de los que se aprovecharon mas tarde, presentándolos como cosa nueva y especial, no pocos filósofos extranjeros, á quienes luego ha celebrado y aplaudido rabiosamente la turba multa de admiradores de lo de *estrangis* que por España pulula. Pero, de esto á decir que los españoles tenemos una filosofía propia, nacional é independiente, vá gran trecho. En efecto: para que un pueblo pueda vanagloriarse de formar campo aparte en un ramo cualquiera del saber, es preci-

so que ofrezcan los escritores que de él han tratado, un conjunto de caracteres peculiares y distintivos, imposibles de ser confundidos con los que presentan los autores de otros países. Es necesario que en las múltiples partes del todo científico aliente ese espíritu nacional, que dá vida no prestada; se marque ese sello característico, que indica su procedencia, y un pensamiento común informe sus doctrinas, sistemas y teorías.

Ahora bien. ¿Los filósofos que en España nacieron, reúnen todos estos requisitos, para que podamos decir que la serie continuada de ellos constituye una verdadera filosofía española? Aparte de su común patria, circunstancia, que si bien importante, no es por sí sola capaz de imprimir especial fisonomía, el señor Pidal no vé en ellos otro lazo de unión que el Catolicismo; nota, que como él mismo confiesa, «es muy vaga y no basta para dar carácter á una filosofía,» (1) y que además, no es aplicable á varios filósofos españoles no católicos, algunos de ellos, por cierto muy notables. De la misma opinión es Vidart cuando dice, que «la filosofía ibérica es esencialmente dogmática.» (2) Mas terminante, Laverde observa en sus escuelas «cierta identidad de espíritu y de modo de pensar, cierto encadenamiento de ideas, tácito ó espreso, pero real y permanente, paralelo al que en la línea religiosa, política y literaria advertimos.» (3) Menéndez Pelayo, con su vista de águila, prodigiosa erudición y gran talento generalizador, descubre más: vé en el fondo de nuestros sistemas filosóficos el espíritu crítico y sentido práctico, propios del genio filosófico español, ya apuntado en Séneca, y dice: «la filosofía española ortodoxa es crítica y armónica: la filosofía española heterodoxa es panteísta, y, como tal, cerrada y exclusiva.» (4) Si francamente hemos de manifestar nuestro humilde parecer, enfrente de opiniones tan autorizadas, diremos que, hoy por hoy en el estado en que se encuentran entre nosotros los estudios de filosofía nacional, juzgamos algún tanto aventuradas y prematuras afirmaciones tan rotundas y decisivas como las de Menéndez Pelayo; siquiera las haga quien como él, conozca al dedillo la historia intelectual de España, y reúna en sí talento profundo y sintético, sólida doctrina y erudición incomparable. Las obras de nuestros egregios filósofos son un venero sin explotar, un bosque virgen. Poco menos que desconocidas, necesitan que alguien quite el polvo que las cubre, las saque á la luz de la

publicidad, las estudie y las compare entre sí. Así únicamente se podrá poner en claro, si hay entre nuestros pensadores aquel íntimo enlace, comunidad de origen, conexión de principios, unidad de tendencias, y aquellas, en fin, relaciones é influencias, afinidades y discrepancias, cuyo conocimiento es indispensable, antes de resolver en definitiva la tan debatida cuestión de la existencia é importancia de la filosofía española. Por esto, pues, consideramos más prudente y admisible, interín no se profundice más en el estudio de nuestros filósofos, proclamar *la existencia* en España *de filósofos notables y escuelas definidas*, con vida propia, estensas ramificaciones y marcada influencia en el desenvolvimiento filosófico europeo. Por ahora, contentémonos con esto; más tarde quizá podamos probar la existencia de una filosofía nacional. No de otra suerte opina Valera; si bien está conforme en «que estudiados detenidamente nuestros filósofos, para lo cual, dice, habría que revolver y leer muchos infolios y extractar de ellos la sustancia, se hallaría algo de característico en todos, que diese cierta unidad á la historia de la filosofía española, la cual debiera comprender asimismo á los filósofos portugueses.» (1)

Pero aun suponiendo que en la serie de nuestros filósofos haya poca trabazón y unidad, para formar un conjunto armónico en todas sus partes que merezca el nombre de filosofía española, no por esto hemos de creer que nuestro florecimiento filosófico es inferior al de aquellos pueblos, que pomposamente se engalanan atribuyéndose una filosofía nacional. Y á la verdad, ¿qué nación puede gloriarse de poseerla propia y castiza? Acaso Francia? Si prescindimos de sus grandes escolásticos, tales como Roscelin y Abelardo, Alejandro de Hales y Vicente de Beauvais, cuyas doctrinas son las dominantes en la filosofía de las escuelas de la Edad media, ninguna creación vemos digna de llamar la atención, como no sea el *eclecticismo* de Cousin y sus secuaces, y el *Enciclopedia* de Diderot, D'Alambert, La Mettrie y comparsa, que no es filosofía ni cosa que lo parezca, sino una verdadera *Torre de Babel de las aberraciones humanas*, engendro monstruoso de las volcánicas cabezas de los discípulos de Voltaire. Por lo que toca al *Cartesianismo*, que los franceses presentan como su filosofía nacional, probado está que nada dijo Descartes nuevo ni original; tanto, que se ha podido escribir sobre *el Cartesianismo antes de Descartes*. Y quien ignora lo que tomó de los filósofos españoles Vives, Foxo Morcillo, Sánchez, Gómez Pereira y Vallés? Su famoso entimema, *Cogito, ergo sum*,

(1) Artículo publicado en la *España*, é inserto después en *La ciencia española* de Menéndez Pelayo, pág. 200 de la segunda edición.

(2) Luis Vidart. *La filosofía española* pág. 127. Madrid 1866.

(3) Gumersindo Laverde Ruiz. *Ensayos críticos*, pág. 15. Lugo 1868.

(4) Menéndez Pelayo. *La ciencia española*, pág. 227, de la 2.ª edición, Madrid, 1880.

(1) Juan Valera. *Disertaciones y juicios literarios*, pág. 213. Madrid, 1878.

ya San Agustín lo había puesto á la cabeza de la ciencia, y lo había aplicado Campanella en sus investigaciones críticas. Así lo reconoce el mismo Ritter en su *Historia de la filosofía moderna*. Su *automatismo* de las bestias lo copió de la *Antoniana Margarita* de Gómez Pereira. A qué se reduce, pues, la filosofía de Descartes? A plagios mas ó menos disfrazados.

Por Italia pasó también el escolasticismo, cuya mayor gloria es un italiano; el inmortal Doctor de Aquino. Luego vinieron los filósofos del Renacimiento; Jordano Bruno, que representa la dirección panteísta y Tomás Campanella iniciador de la filosofía crítica. En el presente siglo, los sensualistas Soave, Gioia y Romagnosi, los espiritualistas cristianos Gerdil, Gallupi, Rosmini y Gioberti, los espiritualistas racionalistas Mamiani y Ferri, los hegelianos Spaventa y Vera y los ilustres restauradores de la escolástica Sanseverino y Prisco, Taparelli y Liberatore. Cornoldi y Zigliara, compendian toda la filosofía italiana contemporánea. Pero tampoco estas diversas escuelas son propias de Italia exclusivamente, sino comunes, mas ó menos, á todas las naciones; y por lo mismo, difícil es descubrir los caracteres de una verdadera filosofía italiana, por más que lo pretendiere el conde Terencio Mamiani, en su libro *Del rinovamento dell' antica filosofia d' Italia*.

Pasemos á los ingleses. En Inglaterra escribieron Beda y el Erigena, dos de los iniciadores de la Escolástica; San Anselmo de Cantorbery, realista moderado y precursor del ontologismo moderno; Juan de Salisbury, personificación del criticismo en la Edad media; Rogerio Bacón, introductor del método experimental en la ciencia; Duns Scotto, crítico implacable y adversario sistemático del Doctor Angélico; Guillermo Ockam, funesto innovador que anuncia á Descartes; Bacón de Verulamio, representante de la dirección empírico-positivista y uno de los iniciadores de la revolución filosófica; Hobbes, escritor materialista en filosofía, utilitario en moral y absolutista en política; Locke autor de una filosofía crítico-escéptica esencialmente materialista; Berkeley, que profesa el idealismo, y David Hume que enseña el escepticismo. Posteriormente, Herbert-Spencer sistematiza el positivismo é inicia la teoría de la evolución, que Darwin completa y desarrollando origen al *transformismo* contemporáneo. La escuela escocesa capitaneada por Reid, que aparte de lo incompleta y vacilante, tan saludable impulso espiritualista comunicó á la filosofía del siglo XVII, encenagada en el fango del sensualismo, no es tampoco una filosofía castiza y nueva; se reduce á un psicologismo empírico.

Si á Alemania nos dirigimos, después de sus filósofos escolásticos, cuyo más ilustre represen-

tante es Alberto Magno, y de los místicos, de que ya hablamos en el artículo anterior, no encontramos ningún filósofo de talla hasta llegar al inmortal Leibnitz, el más grande de los filósofos modernos y uno de los genios más poderosos de que puede gloriarse la humanidad. La filosofía cristiano-escolástica, aunque algo modificada, constituye el fondo esencial de las doctrinas leibnitzianas. Al impulso vigoroso del talento de Kant, padre de la filosofía novísima, surge el *panteísmo germánico* representado por Fichte, Schelling, Hegel, Krausse, Schopenhauer, Hartmán y otros, que al lado de los positivistas Buchner, Haeckel y Huxley constituyen lo que se llama filosofía alemana; no porque la dirección panteísta y materialista sea exclusiva de este país, sino por haber nacido en él sus más conocidos partidarios. Por encima de todos ellos se levanta cien codos, Hegel, autor de una construcción ciclópea, que teniendo por base la nada y por remate la negación de Dios, revela el genio colosal de quien, según frase de un ilustre filósofo español de nuestros días, «hubiera podido ser, bajo las inspiraciones de la idea cristiana, el santo Tomás del siglo XIX.» (1) Pero ni Leibnitz, ni Kant, ni Hegel imprimieron un marcado movimiento nacional á la filosofía de su patria. Así pues, cuando se habla de la *filosofía alemana*, se entiende hablar, solo de los modernos filósofos secuaces del panteísmo, á partir de Kant hasta el presente.

La filosofía cristiana y patrística de los primeros siglos de la Iglesia, no es así mismo una creación original. Doctrinas platónicas, aristotélicas y de otras escuelas de la antigüedad, modificadas, fundidas y depuradas al calor del pensamiento cristiano, constituyen su esencia.

Y si á más lejanos tiempos nos remontamos, fijándonos en Roma y Grecia, veremos que la primera apenas conoció la filosofía; que si alguna tuvo fué importada de Grecia, y que salvo á Séneca, (más español que romano,) á Cicerón, y á las sectas de estoicos y epicúreos, nada nos ofrece digno de particular estudio.

En cuanto á Grecia, cuna de la ciencia, de la literatura y del arte, ¿cómo fundir en un mismo molde, escuelas y sistemas tan diversos, como los que florecieron en aquel gran pueblo? Como agrupar la escuela jónica con su empirismo y dinamismo, la pitagórica ó matemática, el panteísmo idealista de la de Elea, el materialismo atómico de Leucipo y Demócrito, la escuela de los sofistas, el antropologismo ético de Sócrates, el idealismo sensualista de la escuela de Cirene, el rigorismo ético de los cínicos, la unidad é identidad,

(1) Excmo. é Ilmo. Fray Zeferino González, Arzobispo de Sevilla. Discurso de recepción en la Academia de ciencias morales y políticas, leído en 3 de Junio de 1883.

del ser y del bien de las escuelas de Megara, Elis y Eretria, el idealismo de Platón, el empirismo aristotélico, el estoicismo zenoniano, el sensualismo de Epicuro, el escepticismo pirrónico, el de Arcesilas y Carnéades y tantas otras fases y direcciones menos importantes que presenta la filosofía griega? Imposible de todo punto.

Nada diremos, finalmente, de la India, China, Persia, Egipto y Judea, no porque no haya habido en estos pueblos cierta cultura filosófica, sino porque, no siendo bastante conocido, es casi irrealizable señalar sus caracteres.

Resulta, pues, de todo lo dicho, que en rigor ningún país puede gloriarse de poseer una filosofía nacional, por lo mismo que ninguno permanece tan cerrado á las influencias de tiempos y doctrinas, que pueda luchar con fortuna contra la corriente de las ideas predominantes, y conservar íntegro su primitivo carácter y tradicional modo de ser. Esto, no obstante, hay en el fondo del corazón, como de la inteligencia de cada pueblo, algo que nunca muere, que constituye su savia nutritiva y forma su particular fisonomía; y esto es lo que, palpitando á través de las vicisitudes de los tiempos y de los cambios de las ideas, informa su civilización y marca su esencial espíritu. He aquí lo que se quiere dar á entender cuando se habla de la filosofía griega, de la filosofía francesa, de la filosofía alemana, etc.; locuciones admitidas y de uso corriente, que indican algo peculiar y distintivo que caracteriza á la filosofía de estas naciones, aunque no separado, ni menos opuesto, al movimiento filosófico general. Y no otra cosa pretenden indicar los que hablan de la filosofía española, en lo que no puede menos de haber algo castizo y propio, que será conocido el día en que nuestros filósofos sean más estudiados y cotejadas sus doctrinas, para descubrir su filiación y enlace mútuos. Verdad es, que de la filosofía española no se habla tanto como de la de otros países, ni nuestros pensadores andan en lenguas de la fama, tanto como los filósofos extranjeros; pero esto es debido, más á nuestra incuria y falta de patriotismo, que no á que ellos carezcan de importancia. Falso y mezquino criterio ha sido siempre, juzgar del valer de un hombre ó de una doctrina, por la fama que haya dejado y el ruido que haya metido en el mundo, pues jamás las grandes empresas ni los grandes caracteres, deben ser apreciados por el éxito voluble y la moda caprichosa. La historia de la filosofía española debe escribirse; y confiamos que andando el tiempo se escribirá, sí, como es de presumir, no caen en terreno estéril, las fecundas semillas desparramadas por el P. Cuevas, Campoamor, Martí de Eixalá, Vidart, Castro, Valera, Arnau, Laverde, Menendez Pelayo y de-

más bizarros campeones de la ciencia española. Cuando esto se haya realizado, y se hayan publicado, también, ediciones de nuestros filósofos, se verá la necesidad de enderezar por nuevos derroteros nuestra actual cultura filosófica, emancipándonos de la tutela odiosa en que nos tienen los libros de filósofos extranjeros de la peor calaña, cuya lectura, á la vez, mata nuestra actividad y nos corrompe y estravía. Muchos ó casi todos los filósofos modernos franceses, ingleses y alemanes han sido vertidos á nuestra lengua, con no poca tortura del patrio idioma, que por lo visto no sirve para espesar nebulosidades germánicas; la casa Perojo de Madrid empezó á publicar una colección de los mismos, escogidos entre lo mas granado del campo racionalista, con unas introducciones biográfico-críticas que no había mas que pedir; otra empresa de la corte da á luz actualmente una biblioteca filosófico-económica, á dos reales tomo, que si bien hizo al principio grandes protestas de imparcialidad y de dar cabida á todas las escuelas, á juzgar por los volúmenes hasta ahora publicados, no será mejor que la anterior: de manera, que estamos invadidos por una plaga de libros racionalistas, positivistas, escepticos, panteistas, socialistas y otros *ejusdem furfuris*, especie de *filoxera* intelectual, que pronto, si Dios no lo remedia, devastará el campo de la sana ciencia española, y falseando las inteligencias y corrompiendo los corazones, trascenderá al cabo, por consecuencia lógica, al orden de los hechos, viniendo á la postre á alumbrar sus ruinas con las llamaradas de Alcoy y los incendios de Estremadura.

A todo esto, vemos que no hemos dicho una sola palabra acerca los filósofos y las escuelas de filosofía que en España han florecido; por lo que, bueno será dejarlo para otro artículo, ya que el presente se ha prolongado en demasía.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

#### A LA BELLEZA

Oh belleza, belleza,  
yo comprenderte sé, yo sé adorarte:  
la gran Naturaleza,  
que es la madre del arte,  
me ha enseñado á sentirte y á alabarte.

Tu soberano aliento  
el espíritu orea y la materia;  
y solo el sentimiento  
es la inmortal arteria  
donde se cura la comun miseria.